

gistralmente empieaba éste. La anécdota principal está realizada dentro del sistema retrospectivo que usaba Ibsen; los pequeños sucesos circunstanciales, los personajes creados para afirmar el ambiente revelan con facilidad su procedencia chejoviana. Se advierte una cierta ausencia de rigor, una leve demora en el proceso ambiental, un uso un tanto excesivo de los personajes circunstanciales para solucionar los problemas de construcción; pero a pesar de esto, la historia está narrada con indudable eficacia y su fuerza dramática es indiscutible. Puede decirse, en resumen, que por encima de todas sus limitaciones y sus caídas, *Todos eran mis hijos* anticipa con claridad al excelente dramaturgo que llegaría a ser Arthur Miller.

Dadas las consideraciones anteriores, es evidente que la actual puesta en escena, realizada por Seki Sano, en la Sala Chopin, cuando ya se conocen en México las demás obras del autor, resulta por fuerza un tanto extemporánea; pero esto no le resta ningún mérito a la magnífica labor realizada tanto por el director, como por los intérpretes y el escenógrafo.

Sin falsas intensidades, sin movimientos excesivos e innecesarios, sin distorsionar la progresión dramática, Seki Sano ha dirigido la obra dentro del más clásico, el más difícil y más efectivo sis-

tema: permitiendo que el peso de los parlamentos, la intensidad de las situaciones, sugieran por sí mismos el movimiento escénico; dejando que el valor dramático de la obra se impusiera sin echar mano jamás de recursos falsos y truculentos. Realización que, detrás de su aparente facilidad, implica un exacto conocimiento de la importancia, el peso de las distintas zonas de actuación, una fina sensibilidad para calibrar el valor de las actitudes y un justo sentido del valor de la escena por sí misma.

Entre los actores, José Elías Moreno proyecta con todos sus matices la vigorosa personalidad de Joe, el padre. Wolf Rubinskis, como Chris, tiene que luchar con una dicción defectuosa, que produce la desagradable sensación de que imposta la voz; pero va de menos a más comenzando flojo en el primer acto y convenciendo plenamente durante los dos siguientes. Virginia Manzano, conmovedora y justa como la madre, aunque abusa un poco de la gesticulación. Correctos, medidos y acertados Adriana Roel y Antonio Gama, lo mismo que el resto del reparto, que cumple con absoluta eficacia.

La escenografía de Julio Prieto, realizada con excelente buen gusto, dota a la escena del ambiente exigido por el autor, facilitando e inclusive apoyando, además, el libre desempeño de los actores.

Entre todos los cuentos destacan aquellos que se han recogido desde un punto de vista irónico, humorístico. Pero, insistimos, es necesario que la autora se comprometa más con sus entes de ficción.

J. O.

EDGAR A. POE, *Cuentos escogidos*. Selección e introducción de Arturo Souto. Nuestros Clásicos, 5. Universidad Nacional Autónoma de México, 1958. 336 pp.

En este tomo, integrado por una selección de las narraciones de Poe, las características de estas ediciones llegan a lo ejemplar. Un agudo criterio felizmente ha escogido entre los sesenta y tres relatos conocidos del bostoniano. Todos los cuentos son obras maestras —salvo *Elegancias*, tal vez, pero éste interesa como una muestra del humorismo grotesco poeiano— y han sido presentados “en orden cronológico, con el objeto de apreciar su desarrollo natural”. Se incluye, desde luego, *Los crímenes de la calle Morgue*, en puridad la primera novela detectivesca, aunque no sabemos por qué se le ha suprimido el epígrafe de Thomas Browne, tan indicativo. También están las narraciones horripilantes como *El gato negro*, *El caso del señor Valdemar*, *El barril de amontillado*, en las que hallamos al Poe efectista, amigo de llevar el horror hasta los límites de la repugnancia y devoto de lo raro por lo raro. Están construidas como un reloj perfecto, pero en su tan meditada construcción carecen de vida, aunque no de una belleza cerebral, fría. Pero además están los relatos donde se trasluce el genial expresionista que va más allá de lo que le piden los voraces devoradores de folletines; aquellos relatos donde impera sobre todo la atmósfera —todavía no hay palabra más adecuada para este elemento novelístico— y donde ya no se trata sólo de lo raro y de lo horrible, sino de un misterio de mayor categoría. Y son *Ligeia*, *El pozo y el péndulo*, *El corazón revelador*; una obra clásica, la más bella y lograda de Poe para nuestro gusto: *El hundimiento de la casa de Usher*, y la extraordinaria *Guillermo Wilson* que anuncia ciertas obras de Kafka y Julien Green.

La *Introducción* de Arturo Souto, a su vez brillante cuentista, intenta y logra, sin aparato erudito aunque con verdadera información, situar a Poe bajo una luz menos crepuscular, menos *mal-dita* que aquella que se había venido arrojando sobre la vida y la obra de este. Aquel romántico legendario y sombrío, sacudido por visiones de alcohol y de opio, era en realidad un artista lúcido que prefería los dictados de la inteligencia y del espíritu a los de la mera intuición y el puro sentimiento. “En pleno romanticismo —dice Souto—, era un clásico, educado por la literatura inglesa del siglo XVIII.” Lo que no impide que se pueda colocar bajo su retrato —“pálido, vestido siempre de negro, de ojos febriles cuyo color tiende al violeta”, dice el prologuista— aquella frase que tomara de Béranger para su Roderico Usher: “*Su corazón es un laúd colgado; no bien lo tocan, resuena.*” Y su resonancia llegó a muchos; entre tantos a Baudelaire, nada menos.

J. DE LA C.

LIBROS

JANE AUSTEN, *Orgullo y prejuicio*. Prol. de Carlos Fuentes. Universidad Nacional Autónoma de México. México, 1959, 364 pp.

El prologuista demuestra un gran poder evocador de la personalidad de la autora, y es justo en sus apreciaciones del marco histórico en que vivió, así como sus juicios sobre la obra misma —su estilo y su trascendencia literaria— son atinados.

C. V.

ARMANDO LIST ARZUBIDE, *Apuntes sobre la prehistoria de la Revolución*. México, 1958, 105 pp.

Se dedica a historiar la lucha (1810-1910) de las clases obrera y campesina de México para que fueran reconocidos sus derechos por la burguesía. Destaca en forma clara y concisa las figuras y los sucesos más importantes.

C. V.

ISIDRO FABELA, *Historia diplomática de la Revolución Mexicana, 1912-1917*. Fondo de Cultura Económica. México, 1958, 390 pp.

Uno de los aspectos más amplios y bien documentados es la influencia del embajador Wilson en la muerte de Madero. Además aporta datos sobre las relaciones exteriores de México en el tiempo que Carranza ocupaba la presidencia.

C. V.

JAMES COLLINS, *El pensamiento de Kierkegaard*. Breviario, 140. Fondo de Cultura Económica. México, 1958. 320 pp.

Un verdadero y profundo examen de la obra de Kierkegaard, en el que se sacrifica con justicia el material biográfico y anecdótico en aras de un rigor analítico que ya se hacía indispensable en los ensayistas que se acercan a la obra de este autor. Las preocupaciones religiosas, la línea de pensamiento, la temática filosófica, podríamos decir, del pensador danés se desprende clara y diáfana de este excelente estudio.

J. O.

EMMA DOLUJANOFF, *Cuentos del Desierto*. Ediciones Botas. México, 1959. 200 pp.

Once cuentos, unificados por el material temático al que se recurre para crearlos: el mundo de los indios mayos, en el norte de México. El tono general del libro denota una falta total de *compromiso*, tanto en el sentido moderno, como en el tradicional del término. La autora relata una serie de hechos o sucesos en una forma totalmente objetiva, casi sería mejor decir ausente. Una problemática vista desde afuera, sin ningún afán de solidaridad, ya sea sentimental o intelectual, tiene que devenir mera crónica. El autor no sólo debe recoger la realidad, tiene que dotarla de un sentido, un orden y sin él no existe la literatura.